TERRATENIENTES Y POLÍTICA EN BUENOS AIRES: LA EXPERIENCIA DE LA LIGA AGRARIA (1892-1923)

Roy Hora

En 1866, un grupo de grandes terratenientes de Buenos Aires, preocupados por la modernización económica y social de la campaña y el lugar de los hacendados en la vida política porteña, fundaron la Sociedad Rural Argentina (SRA). Con el tiempo, la SRA llegaría a ser una de las instituciones más poderosas de la Argentina. En el corto plazo, nada preanunciaba tal fin. A pesar del prestigio y del reconocimiento de sus líderes, que se destacaban como verdaderas figuras atípicas dentro de la clase terrateniente por sus sólidos conocimientos de agronomía y su interés no sólo práctico en las labores rurales, la SRA fue durante varios años una agrupación que estuvo lejos de concitar el entusiasmo de los hacendados, y permaneció relativamente aislada del sector que aspiraba representar.

Ello no impidió que, en una sociedad en la que aún no se había consolidado un estado central, los líderes de la SRA ganasen una injerencia directa en los asuntos públicos. La relativa debilidad del aparato estatal en la Buenos Aires de las décadas de 1860 y 1870 otorgó a los ruralistas gran capacidad para permear las decisiones del gobierno nacional y provincial. En una etapa de construcción de estructuras estatales, las estrechas relaciones entre terratenientes y poder político no fueron el único medio por el cual los ruralistas hicieron sentir su presencia en el estado. Sus destrezas intelectuales y saberes técnicos también contaron, porque se mostraron de gran utilidad a la hora de diseñar y poner en funcionamiento el sistema jurídico y administrativo de la campaña, necesario para sostener y apoyar el notable proceso de desarrollo agrario capitalista que estaba teniendo lugar en las tierras del Plata.¹

Así, pues, la SRA nació más ligada al estado y a la clase política de Buenos Aires que a los hacendados. Hacia los años ochenta, empero, la

Roy Hora é pesquisador do PEHESA – Instituto Emilio Ravignani da Universidade de Buenos Aires.* (PEHESA-Instituto Ravignani-Universidad de Buenos Aires) Agradezco los comentarios de Hilda Sabato a una versión previa de este trabajo.

situación comenzó a transformarse. En 1880, las milicias del estado central vencieron a las de Buenos Aires, y limitaron la autonomía de la provincia. Un nuevo grupo político, el Partido Autonomista Nacional (PAN), bien implantado en el interior del país, alcanzó pleno control del estado. La vida política de Buenos Aires, con la que los ruralistas habían establecido estrechos lazos, perdió importancia, debilitando también a la SRA. Al mismo tiempo, la etapa de construcción del aparato administrativo y judicial, en la que los ruralistas habían intervenido activamente, estaba llegando a su fin.

La consolidación del estado central tenía otras facetas igualmente significativas. En 1879, el ejército nacional había comenzado una campaña de etnocidio indígena que llevaría la frontera en el oeste y en el sur hasta cerca de sus límites actuales, incorporando millones de hectáreas a la producción, y beneficiando en particular a los terratenientes de Buenos Aires. La "Conquista del Desierto" puso fin de varios siglos de amenaza indígena, y se constituyó en un fuerte incentivo para transformar las explotaciones rurales, dotando a la propiedad de toda una serie de seguridades que, en ese contexto, fomentaron una más sostenida inversión de capital. Esta estaba determinada por la necesidad de mejorar el ganado ovino y bovino con vistas a satisfacer la cada vez más exigente demanda del mercado mundial. La extensión de una red de transporte ferroviario, fuertemente apoyada por el estado, también contribuyó al mismo fin.²

En este marco, signado por la victoria del estado, la capacidad de la SRA para participar activamente en el proceso político sufrió un serio recorte. Si en el pasado la intención de hacer del ruralismo un factor de peso en la vida política había estado presente con fuerza, en los ochenta este proyecto se debilitó. Al mismo tiempo, las nuevas garantías que un estado cada vez más poderoso ofrecía para la expansión de una ganadería que comenzaba a entrar aceleradamente en el proceso de refinamiento, abrían nuevas posibilidades, tanto para la SRA como para los hacendados.³ Como resultado, la SRA se convertiría en esos años en una organización gremial que iba a colocar a las actividades de extensión técnica entre sus tareas primordiales, centrando su actividad en la construcción de apoyos institucionales al proceso de cambio ganadero en curso.⁴ De ese modo la asociación crecería, y ganaría prestigio entre los estancieros. Al mismo tiempo, la participación de la SRA en la vida política se vería reducida, en muchos casos, a presiones corporativas ligadas a problemas puntuales, sin desafiar el ordenamiento político de la Argentina.

No todos los terratenientes se mostraron conformes con esta evolución del ruralismo. Algunos se opusieron fuertemente a este giro. De entre

ellos surgió, en 1892, la Liga Agraria de la Provincia de Buenos Aires (LA).⁵ En claro contraste con la SRA, la LA fue una apuesta a volcar el capital económico y simbólico acumulado por los grandes hacendados en una aventura de militancia política. Por esta razón, la suerte de la LA, principal promotor de un aristocrático proyecto de “gobierno de las clases rurales”, es indicativa de los límites de un ruralismo que quiso ver a los terratenientes que controlaban los grandes resortes de la economía argentina en el manejo directo del estado. En este artículo, analizaremos la trayectoria de este proyecto. En particular, le prestaremos atención a los aspectos de la acción de la LA que guardan relación con la SRA -la asociación con la que rivalizaba-, así como con la política y el estado.

EL NACIMIENTO DE LA LIGA AGRARIA

La década de 1880 estuvo signada en la política argentina por el dominio absoluto que ejerció el PAN. En 1890 la situación cambió: después de una década de hegemonía de esa fuerza, un levantamiento armado de la oposición, la Revolución del Parque, y una fuerte crisis económica, se sumaron para crear un clima de inestabilidad, que golpeó con dureza a la provincia de Buenos Aires.⁶ Esta nueva coyuntura, que debilitó al PAN y agitó la escena política, tuvo varios efectos: entre ellos, creó la posibilidad de volcar más directamente a la SRA en la vida política que en la década pasada, potenciado así las disputas por el proyecto que el ruralismo debía encarnar. En 1893, la SRA daría impulso a un nuevo y efímero partido capitaneado por terratenientes, la Unión Provincial, creado para competir por el poder en Buenos Aires. No era ésta, sin embargo, la primera asociación de terratenientes que entonces se lanzaba a la escena. Poco antes, la SRA había sufrido una escisión: en 1892, varios partidarios de un ruralismo declaradamente político habían decidido abandonarla para crear su propia agrupación.

En agosto de 1892, unos treinta terratenientes, liderados por Carlos Guerrero y Diego Baudrix, se habían reunido para constituir la LA.⁷ Es preciso indicar que la LA no era la traducción institucional de un sector ganadero distinto o de menor peso que quería ganar una presencia que le negaba la asociación de la que se desprendía. Nacida en el seno de la SRA, y dirigida por un grupo de ruralistas que habían formado parte del que conducía la asociación fundada en 1866, poco parece distinguir -más allá de ciertas rivalidades personales- a los miembros de una y otra institución. Muchos de ellos, incluso, tuvieron una doble afiliación.⁸

A lo largo de toda su existencia, una y otra vez, la LA -sin que hubiese diferencia alguna en este punto con la SRA- fue señalada como una organización representativa de los terratenientes más grandes de la provincia.⁹ Esta identificación entre la asociación y los mayores hacendados, era, por otra parte, la que la propia LA siempre gustó hacer de sí misma. El surgimiento de la LA a comienzos de la década del noventa no se debía, entonces, a la existencia de clivajes sociales o económicos en el mundo terrateniente, sino a estrategias alternativas para encuadrar a los estancieros de Buenos Aires y posicionarlos frente al estado.¹⁰ La LA quería volcar a los hacendados hacia una militancia política directa, y éste era el objetivo primordial de esta asociación cuya aparición fue saludada con entusiasmo por la comunidad británica de negocios, así como otros medios ligados a la alta sociedad bonaerense.¹¹ La expectabilidad de sus figuras señeras era, por supuesto, la principal carta de presentación de la LA en la política argentina.

Una vez constituida, la primera acción de relevancia de la LA fue participar en agitada política bonaerense del año 1893.¹² La LA, sin embargo, no estuvo sola en el intento orientar ese momento de crisis en favor de los hacendados. La Unión Provincial, también participó activamente, pero cuando la situación tendió a normalizarse gracias a la intervención federal y la elección de un nuevo gobernador, los hacendados que la formaban resignaron protagonismo, para retornar a sus negocios privados.¹³

En cambio, la LA no renunció a sus ambiciosos proyectos. Aunque también consideró que la elección del gobernador Udaondo ponía fin a la crisis abierta con la Revolución del Parque, siguió creyendo que existían razones y condiciones que hacían necesaria "la formación de un gobierno emanado de los gremios rurales".¹⁴ Esto era así porque la LA encarnaba un programa que, aunque nacido en una coyuntura que sus miembros veían como crítica, iba más allá de proponer acciones puntuales para restablecer un estado de cosas con el que se hallaban conformes. De objetivos mucho más amplios, la LA estaba sostenida por la voluntad de transformar de raíz el orden político sobre el que se asentaba la sociedad argentina. Es preciso, por ello, describir someramente su programa; en él se encuentra una de las claves de la dinámica de esta organización cuyo carácter decididamente reaccionario no le impidió más de una osadía, como el apoyo al gobierno que vendría a sepultar el orden conservador en Argentina.

La SRA había reorientado su acción durante la década del ochenta acompañando los cambios políticos del país, pautados por el fortalecimiento del estado. La LA, en cambio, había reaccionado frente a ellos,

recuperando parte del programa que la SRA había hecho suyo al nacer, fuertemente dirigido a hacer de los terratenientes una fuerza política de primer orden. Esta recuperación era, por supuesto, altamente selectiva, y formaba parte de una verdadera reinvención del pasado que estilizaba a una etapa previa a la consolidación de estructuras políticas nacionales. El momento dorado al que la LA quería volver no era recordado por todo lo que éste había tenido de incierto y precario para la construcción de una economía capitalista de exportación en Buenos Aires, ni por las dificultades que entonces encontró la SRA para ganarse un lugar como líder de los terratenientes.¹⁵ El primitivismo de la vida en la campaña, la presencia amenazante del indígena, la turbulencia de la vida política, las dificultades de la SRA para nuclear a los hacendados, habían sido borrados del recuerdo de la LA para destacar lo que ésta creía la principal característica y la mayor virtud de aquellos tiempos: la masiva presencia de los terratenientes en la conducción del estado.

El dominio de la escena por el PAN, que había subordinado definitivamente a Buenos Aires en 1880, era considerado por los integrantes de la LA como el momento en el cual esa feliz unión se había quebrado. El resultado se les ocurría desolador: el elenco político que entonces había ganado el control de la provincia había desplazando a “la clase holgada”. Contra esta situación, la LA quería volver a ver “una legislatura en cuyas bancas estuvieran sentados los Newton, los Guerrero, los Baudrix, los Molina, los Senillosa, los Pereyra, los Peña, los Gibson, los Cobo, los Anchorena, los Ocampo, los Frers, los Ezeyza, los Bullrich, los Unzué, los Santamarina, los Cibils, los Crotto, los Luro...” y otros tantos, es decir, los terratenientes más ricos de la provincia.¹⁶

La presencia de los grandes hacendados, el gremio “dueño de las tres cuartas partes de la Provincia, [...] que contribuye en primer término al sostenimiento del Gobierno y la Administración, y [que] sin embargo carece de voz y voto en el recinto donde se discuten y dictan las leyes que deben dirigir sus intereses y fomentar sus industrias”, no era el único medio imaginado por la LA para hacer sentir la fuerza de quienes más tenían en la política provincial, que no sin cierto anacronismo, todavía consideraban de mayor relevancia que la nacional.¹⁷ Esta también se combinaba con mecanismos restrictivos que apuntaban a conformar un estado de tipo oligárquico, que estrechase la escena política a un círculo reducido y calificado.

Este proyecto no iba dirigido a cerrar los caminos típicos de ascenso social de la Argentina finisecular, que en todos estos años no preocuparon sino muy marginalmente a los liguistas. Antes que clases subalternas o

medias en avance, que imaginaba incapaces de desafiar una jerarquía social dominada por los terratenientes, la LA veía en los políticos que controlaban el aparato estatal, muchos de ellos provenientes del interior del país, el principal enemigo de los estancieros. La idea de que la clase política madurada con el roquismo estaba compuesta por figuras socialmente inferiores, arribistas y aventureros que *"no encarnan las aspiraciones de los hacendados, ni simbolizan los verdaderos y estables intereses de la Provincia"*,¹⁸ y que sólo se preocupaban por su propio enriquecimiento, llevó a la LA a hacer de ese grupo el principal blanco de su crítica, reclamando una elevación del umbral de acceso a la vida política, para así eliminarlos. A poco de formada, la LA sostuvo la necesidad de reimplantar restricciones censitarias a los candidatos, anulando a la vez las dietas de los legisladores.¹⁹ En 1896, la LA propuso una reforma de la constitución provincial que restaurase el carácter honorífico de las bancas (que había sido eliminado en 1873).²⁰

No es preciso insistir sobre todo lo que tenía de engañosa la imagen del paraíso perdido en 1880. En cambio, es conveniente mencionar que las razones que modificaron esa situación idealizada, en especial la creciente distancia entre estado y terratenientes, nunca fueron investigadas por la LA con prolijidad. Por el contrario, ésta siempre tendió a concebir la construcción de una esfera política moderna -en la que distintos grupos políticos, apoyados por nutridas clientelas de sectores subalternos financiadas con recursos provenientes del control de porciones del aparato estatal, competían entre sí- como una caída antes que como una transformación que la propia modernización de la clase terrateniente y la sociedad argentina impulsaban, y a la que era vano resistirse en bloque.

Al mismo tiempo, los liguistas fueron incapaces de percibir, más allá de la venalidad de algunos funcionarios, los profundos vínculos que unían la suerte del estado y de sus conductores a la expansión de la economía de exportación. Por ello vieron la creciente autonomización organizativa de la vida política como un síntoma de su completa independencia, y el aumento del presupuesto estatal, como su expresión más peligrosa. Ante este estado de cosas, claro está, el retorno a un gobierno de las "clases rurales" no debía significar solamente la recuperación del control de la provincia; era también la condición necesaria para dirigir el aparato estatal hacia el cuidado de los intereses de los hacendados.²¹ La utopía de un estado mínimo, férreamente controlado por la clase terrateniente y orientado a su exclusivo beneficio -por hipótesis coincidente con el de la sociedad toda-, animaba así todo el proyecto de la LA.

Como es sabido, esta crítica a las exacciones estatales, que la LA

ormuló una y otra vez, estaba muy lejos de ser justa en un sistema impositivo tan regresivo como el argentino, que constituyó a los impuestos indirectos -provenientes en su mayoría de gravámenes a las importaciones- en su principal fuente de recursos, haciendo pesar con mayor fuerza sobre los sectores subalternos el costo del estado. A lo largo de este período, el crecimiento del gasto estatal no reflejó una mayor presión sobre los propietarios, sino un aumento de los ingresos fiscales que, impulsado por la expansión económica, tenía una presión diferencial sobre los distintos sectores sociales, castigando a los subalternos y premiando a los altos. Al mismo tiempo, el destino del gasto -muy orientado a proveer de apoyos, en especial de infraestructura de transportes, a la economía de exportación- revelaba de modo inequívoco las prioridades estatales, y de que modo los intereses terratenientes aparecían allí contemplados.²²

Pero aunque correcta en sus rasgos más generales, esta imagen debe ser complejizada, ya que su validez sólo comprende plenamente a las finanzas del estado nacional. Los estados provinciales, imposibilitados de acudir al comercio exterior como fuente de recursos, hicieron reposar en mayor medida los costos de sus administraciones sobre la propiedad. En Buenos Aires, las imposiciones directas constituyeron la base principal de sustentación de un estado en veloz expansión; entre ellas, los gravámenes sobre la tierra se destacan por su importancia, aportando la mitad de los ingresos.²³ El presupuesto de gastos de la provincia era, por otra parte, de volumen nada desdeñable; estaba cerca de igualar la suma de todos los demás presupuestos provinciales, y oscilaba entre el diez y el quince por ciento del nacional.²⁴ Es comprensible que la LA viese en las nada livianas finanzas de Buenos Aires, mucho menos regresivas que las nacionales, un motivo permanente de objeción. La denuncia de la administración provincial fue, razonablemente, mucho más destacada y virulenta que la del estado central, y explica en parte la orientación privilegiada de la LA hacia la política del primer estado argentino.

Asimismo, es conveniente indicar que, para la LA, las soluciones para los problemas de los terratenientes parecían estar al alcance de la mano. Esto era así, en gran medida, porque la denuncia de la clase política no era capaz de prestarle la debida atención a las fuentes en las que se alimentaba su autonomía. Esta se remitía a causas triviales, y entre ellas se destacaba la indiferencia de los terratenientes hacia la gestión de los asuntos públicos, que a la LA se le ocurrían motivadas tanto porque los estancieros no advertían la eficacia de sus propias fuerzas en las luchas electorales, como porque gran parte del elemento compuesto por "los

ormuló una y otra vez, estaba muy lejos de ser justa en un sistema impositivo tan regresivo como el argentino, que constituyó a los impuestos indirectos -provenientes en su mayoría de gravámenes a las importaciones- en su principal fuente de recursos, haciendo pesar con mayor fuerza sobre los sectores subalternos el costo del estado. A lo largo de este período, el crecimiento del gasto estatal no reflejó una mayor presión sobre los propietarios, sino un aumento de los ingresos fiscales que, impulsado por la expansión económica, tenía una presión diferencial sobre los distintos sectores sociales, castigando a los subalternos y premiando a los altos. Al mismo tiempo, el destino del gasto -muy orientado a proveer de apoyos, en especial de infraestructura de transportes, a la economía de exportación- revelaba de modo inequívoco las prioridades estatales, y de que modo los intereses terratenientes aparecían allí contemplados.²²

Pero aunque correcta en sus rasgos más generales, esta imagen debe ser complejizada, ya que su validez sólo comprende plenamente a las finanzas del estado nacional. Los estados provinciales, imposibilitados de acudir al comercio exterior como fuente de recursos, hicieron reposar en mayor medida los costos de sus administraciones sobre la propiedad. En Buenos Aires, las imposiciones directas constituyeron la base principal de sustentación de un estado en veloz expansión; entre ellas, los gravámenes sobre la tierra se destacan por su importancia, aportando la mitad de los ingresos.²³ El presupuesto de gastos de la provincia era, por otra parte, de volumen nada desdeñable; estaba cerca de igualar la suma de todos los demás presupuestos provinciales, y oscilaba entre el diez y el quince por ciento del nacional.²⁴ Es comprensible que la LA viese en las nada livianas finanzas de Buenos Aires, mucho menos regresivas que las nacionales, un motivo permanente de objeción. La denuncia de la administración provincial fue, razonablemente, mucho más destacada y virulenta que la del estado central, y explica en parte la orientación privilegiada de la LA hacia la política del primer estado argentino.

Asimismo, es conveniente indicar que, para la LA, las soluciones para los problemas de los terratenientes parecían estar al alcance de la mano. Esto era así, en gran medida, porque la denuncia de la clase política no era capaz de prestarle la debida atención a las fuentes en las que se alimentaba su autonomía. Esta se remitía a causas triviales, y entre ellas se destacaba la indiferencia de los terratenientes hacia la gestión de los asuntos públicos, que a la LA se le ocurrían motivadas tanto porque los estancieros no advertían la eficacia de sus propias fuerzas en las luchas electorales, como porque gran parte del elemento compuesto por "los

espíritus más experimentados, elevados y cultos [...] se encuentra retirado por no competir su condición con las intrigas y manipulaciones de los comités", lo que les impedía emanciparse de los caudillos políticos.²⁵ A este hecho, empero, le atribuían causas "más accidentales que de carácter permanente."²⁶ Consecuentemente, la LA siempre combinó un pesimismo en el corto plazo -realimentado cada vez que comprobaba la "falta de espíritu de asociación" de los terratenientes- con un optimismo en el largo plazo que surgía de la confianza en que los mejores de la sociedad argentina no podían dejar de ocupar el lugar que les estaba reservado por derecho propio. Con este bagaje de ideas, la LA se lanzó a hacer de la Argentina un paraíso terrateniente.

LA LIGA AGRARIA EN LA LUCHA POLÍTICA

Apenas surgida, la LA se propuso enviar a la Legislatura "auténticos representantes" de los terratenientes. En este momento ello no significaba la creación de una fuerza independiente de los partidos existentes. Hasta fines de la década del '90, la LA intentó actuar dentro de la Unión Cívica Radical (UCR) y de la Nacional. La LA consideraba que los programas de estas dos fuerzas, similares entre sí, eran adecuados para traducir sus intereses. Ambas criticaban la existencia de gobiernos electores aislados de la opinión pública y se oponían al proteccionismo que el PAN, mucho más determinado por su mejor implante en el interior del país, parecía impulsar con mayor compromiso. Los liguistas también consideraban posible incidir sobre estas fuerzas porque su mayor base política -la provincia de Buenos Aires- también coincidía con el hogar de la clase terrateniente.

Sin embargo, en poco tiempo se hizo claro que la relación con las dos vertientes de la Unión Cívica estaba lejos de ofrecer frutos prometedores. Desde mitad de los '90, el proceso político se vio signado por la consolidación del PAN, que habría de imponerse fácilmente en la elección presidencial de 1898. Las esperanzas que la LA había depositado en la posibilidad de incidir sobre unas fuerzas que ahora se mostraban debilitadas, habrían de volverse entonces más tenues. En la provincia de Buenos Aires, donde estos partidos siguieron conservando espacios de poder, la situación tampoco era halagüeña, porque los conflictos facciosos en los que participaban prácticamente habían paralizado al gobierno y a la Legislatura, que sufrirían en 1899 una nueva intervención federal.²⁷

A estas decepciones se sumaron también hechos de otro orden. Poco

antes de las elecciones presidenciales de 1898, la SRA rompió un silencio de larga data sobre la política nacional, y publicó un "Manifiesto", en el que condenaba las tendencias proteccionistas del gobierno, invitando a los ciudadanos a castigar a los partidos en las que éstas ganaban terreno. El principal blanco de la objeción ruralista era el PAN. En esos años, el debate sobre el proteccionismo había tomado cierto impulso, y los ruralistas, férreos defensores del libre comercio, habían comenzado a defender con vigor su postura. El Manifiesto fue festejado por la LA, que comenzó a acariciar la idea de que era posible volcar la renuente SRA hacia la actividad política.

La dirección de la LA recibió el Manifiesto con "verdadera satisfacción", porque veía en él la confirmación de que la SRA había venido equivocando su estrategia en la última década. La SRA, creían los liguistas, ahora parecía reconocer que la defensa y el fomento de las industrias rurales no podía cumplirse fielmente sin una activa participación política. Esta defensa, afirmaban, tampoco realizarse solamente con invocaciones a elegir representantes comprometidos con la actividad agropecuaria, porque las preferencias de los electores eran sistemáticamente burladas en comicios fraudulentos. Como resultado, la SRA debía seguir los pasos de la LA.²⁸

Este camino, sin embargo, debió tomarlo la LA sin acompañantes. Al poco tiempo la SRA bajó el tono de sus críticas, y no hizo más declaraciones que pudiesen crear expectativas sobre sus actividades políticas. Ello se debía al compromiso del nuevo presidente, Roca, de no continuar la política proteccionista.²⁹ Como resultado, las esperanzas que la LA había depositado en un acuerdo entre las dos asociaciones se esfumaron. Cuando en enero de 1900 la SRA publicó una nota editorial sobre el proteccionismo, los liguistas ya tenían claro que con ella no se abría ninguna posibilidad para sumar a la SRA a los proyectos políticos que abrigaban.³⁰ La insistencia de la LA en el lanzamiento de un nuevo partido político se hizo, desde entonces, más acusada.³¹ Al año siguiente, a principios de septiembre, el proyecto de partido rural, que iba a llamarse Demócrata, estaba maduro.³²

El Partido Demócrata se inscribía en el clima -entonces extendido-, de crítica a las prácticas políticas dominantes, y se formuló como un partido programático, haciéndose eco de los llamamientos que entonces se lanzaban desde distintos lugares para acabar con los partidos personalistas y el clientelismo. El programa destacaba entre sus objetivos la reducción de la carga impositiva y la acentuación de las políticas libre-cambistas. También reclamaba garantías para el sufragio libre y obliga-

torio de todos los ciudadanos, como venía haciendo la LA desde varios años atrás. Esta última demanda hallaba sentido a partir de la imagen aristocrática que la LA tenía de la sociedad.³³ Según creían sus hombres, una vez que los ciudadanos se librasen del dominio de las maquinarias electorales, se encolumnarían bajo la guía de los dirigentes salidos de entre los hombres de mayor fortuna y mejor posición social.³⁴

Los sucesos posteriores desmentirían este optimismo. Pasado el auge del debate sobre el proteccionismo, las preocupaciones de los grandes estancieros parecían dirigirse hacia cuestiones más modestas; por ejemplo, el periódico *El Campo y El Sport*, antes que en la crisis de los partidos o el proteccionismo, estaba más interesado en darle fin al robo de ganado en la campaña, y veía en el combate contra el abigeato un campo de acción fecundo para la LA.³⁵ Es ya significativo que, aunque el Partido Demócrata se hubiese dado por uno de sus objetivos principales el actuar en la provincia, no pudiese organizarse en ningún punto de la campaña. Ello se debía a que, si bien los terratenientes eran propietarios de inmensas extensiones, el carácter intensivo en tierra de las explotaciones y la ausencia de fuertes relaciones deferenciales que comprendiesen a toda la población rural -rasgos típicos de la zona pampeana- los privaba de un séquito que pudiesen movilizar políticamente. La ausencia de una sólida base política propia incluso en los lugares donde los hacendados tenían sus imperios territoriales obligó a la LA concentrar su actividad en la Capital Federal. En esta ciudad, su tarea proselitista consistió básicamente en una misión de esclarecimiento público, basada en conferencias que tenían por eje la crítica al sistema partidario, así como la denuncia del proteccionismo y de la presión tributaria.

Muchos de quienes oficiaron de conferenciantes, empero, no fueron las figuras principales de la LA. Para lograr mayor repercusión, los liguistas convocaron a catedráticos como Rodolfo Rivarola, Alejandro Gancedo y Víctor Molina, sumando figuras de prestigio intelectual a su proyecto. El acercamiento de estos hombres se daba como consecuencia de su acuerdo con la crítica a la política personalista, ya que todos ellos señalaban la necesidad de acortar la brecha entre política y sociedad creando partidos programáticos y representativos. Sin embargo, su sola presencia rápidamente iba a poner en cuestión el perfil de la agrupación que los ruralistas querían construir, porque tendieron a opacar a los liguistas, que en las conferencias sólo contaban como figuras secundarias.³⁶

Un segundo punto de fricción se planteó porque los conferencistas sostenían puntos de vista más complejos que los de la LA sobre los problemas que ésta había denunciado por más de una década. La visión de

los académicos no compartía la imagen apocalíptica de la situación de las explotaciones rurales que voceaba la LA. Así, por ejemplo, al comentar una conferencia de Molina, la *Revista* señaló una serie de olvidos sobre los problemas impositivos, y sostuvo que *"mayor desarrollo hubiera sucedido también al sistema impositivo de la provincia, que apenas rozó el distinguido conferenciante, y que es igualmente una necesidad reformularlo, particularmente en lo referente a las industrias madres, la ganadería y la agricultura, -que están a punto de zozobrar, tales son las innumerables gabelas que tanto en el orden municipal, provincial y nacional las gravan- [...] Más de una vez hemos probado en esta Revista que el impuesto múltiple que gravita sobre la industria ganadera lo está pagando sobre el capital, contribuyendo así este desorden a su destrucción paulatina."*³⁷

El paso de los ruralistas a un segundo plano también se debió a otras razones. La expectativa creada alrededor del nuevo partido, aunque moderada, fue lo suficientemente significativa como para que lograra cierto arraigo en la ciudad; ello también llevó a que, al crecer el aparato electoral, el lugar de los liguistas perdiera relevancia, pues algunos políticos de la oposición reunieran sus fuerzas con las de la nueva agrupación. Poco antes de las elecciones, el desembarco de figuras como Roque Sáenz Peña en el Partido lanzó a Guerrero varios lugares hacia abajo en la lista de diputados.³⁸

Al mismo tiempo, este hecho puso a los demócratas frente a un dilema: participar con alguna perspectiva de éxito en las elecciones implicaba necesariamente adoptar las modalidades organizativas fraudulentas de los demás contendientes. Al reflexionar sobre los comicios, el diario *La Nación* se preguntaba *"¿quién no sabe que en la capital hay solamente unos 24.000 ciudadanos inscriptos, de los que 10.000 a lo menos, son falsos, y de los otros 14.000, más de la mitad son empleados y peones municipales o de la aduana?"*³⁹ Esta situación, claro está, bloqueaba toda posibilidad de no recurrir al fraude para competir con posibilidades, erradicando de raíz todo proyecto principista. Pocos días después, *La Nación* comentaba con malicia que el Partido Demócrata *"empieza a propinar grandes desencantos a los que esperan sinceramente la buena nueva de la regeneración política [...] la flamante agrupación no ha esperado llegar a la madurez, siquiera a la adolescencia, para caer en los mismos deslices que venía a combatir"*.⁴⁰ Llegado el día de la elección, todas las fuerzas políticas -y entre ellos los demócratas- movilizaron a sus clientelas, ofreciéndoles dinero y bienes a cambio. Como era esperable, la lista oficialista, con mayores recursos y experiencia, lo hizo con

probada eficacia, y superó muy ampliamente al nuevo partido.⁴¹

Luego de la desafortunada jornada electoral, el partido se desintegró. Es preciso señalar que la crisis demócrata no sólo era resultado de la derrota; lo era también de sus tensiones internas. Su disolución no se dio a publicidad. Sólo varios meses después, la LA dio la versión oficial sobre el fin del Partido Demócrata, sosteniendo que, más allá de la derrota electoral, la falta de unidad estaba en el origen de los problemas de la agrupación, ya que la pureza doctrinaria se había roto como resultado de la aparición de militantes que no provenían estrictamente del núcleo liguista.⁴²

La derrota comprometió seriamente a la LA. La experiencia del Partido Demócrata mostró que no era posible convertir a la propuesta de la LA en un proyecto atractivo: los terratenientes no habían encontrado mayores motivos para sumarse, y el intento de sumar nuevos actores políticos había debilitado en vez de fortalecer la posición de los ruralistas en el seno del partido. Estas incorporaciones, tampoco le habían permitido rivalizar con la maquinaria electoral oficialista. Como consecuencia de la decepción sufrida, a partir de ese momento, 1902, la actividad de la LA se contrajo sustantivamente, cambió de local y redujo sus gastos.⁴³ En 1904, uno de sus escasos defensores sostenía que *“están tan sólo una docena de hombres de buena voluntad peleando por los intereses de todos, y los más interesados en sus estancias, en Mar del Plata, o en sus casas, completamente ajenos a lo más vital [...] Es una vergüenza lo que pasa en estos asuntos.”*

Sin embargo, no era sólo la debacle del partido la única causa de los problemas de la LA. Otro hecho, quizás más decisivo, ponía en cuestión su existencia. En esos años no sólo se evidenció la dificultad de la LA para convertirse en un actor de la escena política; también se hizo claro que su agotamiento se daba en un momento de fuerte expansión de los volúmenes y de los precios de la producción agropecuaria, así como de los ingresos de los hacendados. Los estancieros se estaban volviendo inmensamente ricos, y ello ponía en duda no sólo la capacidad de la LA para hegemonizar las fuerzas del mundo rural, sino también el sentido mismo de ese proyecto, que veía un enemigo en un estado que era mejor considerarlo como un problemático aliado. La expansión que sucedió a los duros años noventa venía a desmentir clamorosamente la afirmación de la LA de que el tipo de relación existente entre terratenientes y estado era un obstáculo insalvable para el enriquecimiento y la consolidación de esta clase.⁴⁵

Aunque en sordina, esta línea de argumentación comenzó a estar cada vez más presente en el discurso de la LA. En la Memoria de 1904, su presidente Baudrix destacó una *“producción constantemente creciente*

de nuestra ganadería y agricultura".⁴⁶ Al año siguiente, Baudrix sostuvo que "acabamos de presenciar la exposición ganadera más importante que se ha celebrado en el país, y quizás en el mundo [...] El perfeccionamiento de la ganadería argentina es sorprendente."⁴⁷ Aunque Baudrix se negaba a sacar conclusiones sobre una expansión agraria que se daba en un marco que un tiempo atrás era considerado por la LA como el que iba a hundirlos en la ruina, y prefería insistir sobre otros problemas derivados del crecimiento -como la falta de mano de obra barata- una profunda adecuación se imponía. Como consecuencia, la LA pronto iba a intentar cambiar su estrategia institucional.

UNA ASOCIACIÓN EN BUSCA DE UN NUEVO RUMBO

La certeza de que era preciso algún giro para insuflarle nueva vida a la LA se torna visible al considerar las modificaciones que entonces se introdujeron en la asociación. Estas tenían por objetivo dirigir la acción de la LA en el sentido definido dos décadas atrás por la SRA, colocando a las actividades de extensión técnica entre sus nuevas preocupaciones. El cierre de la crisis política de la década del '90 y la fuerte expansión económica que la sucedió llamaban a un cambio que, en 1906, comenzó a hacerse evidente.

Ese año, Baudrix propuso que la LA celebrase una exposición de lanas, destacando su oportunidad, ya que "*hace muchos años que no tiene lugar una exposición de este género*".⁴⁸ La idea de organizar una exposición era una novedad radical en la vida interna de la LA, pero no iba a ser la única. En marzo de 1907, la LA se propuso organizar un concurso de ganado gordo.⁴⁹ Ese mismo año también creó un libro de registros genealógicos para bovinos.⁵⁰ Acompañando todos estos novedades, se consideró una modificación de los estatutos, prontamente aprobada.⁵¹ El cambio introducido era expresivo de la nueva situación: la LA ya no iba a tener como objetivo "defender" las industrias rurales, sino algo más amplio: "*mancomunar las ideas y la acción de los hacendados, agricultores, agrónomos y veterinarios, para fomentar, proteger y defender los intereses rurales*".⁵²

Así, pues, la actividad de fomento, hasta entonces patrimonio exclusivo de la SRA, comenzaba a formar parte de las preocupaciones de la LA. Con este giro, la intención de la LA era competir con la SRA. En un primer momento, la LA pareció reactivarse, y en alguna medida, logró crecer. En 1907 ingresaron nuevos socios, entre los que se destacan algunas figuras de prestigio social y posición.⁵³ Sin embargo, a mediano plazo esta evolución

se encontró con obstáculos insalvables. La distancia que a mitad de la década de 1900 separaba a la muy poderosa SRA de la endeble LA hacía ciertamente difícil que esta última pudiese competir con la primera en su propio terreno. El ejemplo de los concursos de ganado, la más importante de las nuevas iniciativas de la LA, ilustra bien el resultado de este intento.

Los concursos de ganado gordo habían sido iniciados por la SRA en los años 90. Entonces, todavía en los albores de la exportación de ganado vacuno refinado, no habían alcanzado demasiado eco, y en 1905 se suspendieron.⁵⁴ Estas exposiciones, en las que competían novillos terminados, tenían como objetivo orientar a los productores sobre cuáles eran las razas capaces de proveer reses de mayor valor carnicero.⁵⁵ Al suspender sus concursos en 1905, precisamente cuando la LA se disponía a incorporar a su calendario de actividades las tareas de extensión técnica y fomento, la SRA parecía ofrecer un espacio que podía disputársele. Los liguistas no quisieron dejar pasar la oportunidad, y se lanzaron a preparar los suyos.

Sin embargo, la LA nunca logró reunir los recursos necesarios como para llevar adelante los concursos. Las erogaciones para ello no eran menores: era preciso un predio de grandes dimensiones, ubicado cerca de la ciudad, y bien comunicado (como el que la SRA poseía en Palermo), cuyo alquiler era costoso. Se precisaban también recursos organizativos que difícilmente podía proveer un grupo que en ese momento no superaba las treinta personas activas.⁵⁶ Se necesitaba, al mismo tiempo, que la entidad organizadora fuese garantía de imparcialidad, y que su renombre convocase a los productores, prestigiando a los triunfadores.

Recursos económicos y aura institucional no abundaban en la LA. Así, pues, la debilidad de la LA y la falta de un ingreso estable de dinero, hicieron abortar sus intentos.⁵⁷ Esto sucedía cuando, cinco años después de haberlos suspendido, la SRA volvía a interesarse en ellos.⁵⁸ Aunque medianamente concurridos, los concursos pronto se afirmaron, gracias a los premios que las empresas frigoríficas ofrecieron con el propósito de llamar la atención de los productores.⁵⁹ Entonces a la LA no le quedó más remedio que afirmar con melancolía que *“la Sociedad Rural merece ser felicitada por el triunfo obtenido con [...] la vieja idea de la Liga Agraria.”*⁶⁰

Las exposiciones de lanas y el registro genealógico tampoco pudieron romper el dominio que sobre este tipo de actividades ejercía la SRA; las primeras nunca se realizaron, el segundo no logró desplazar ni siquiera marginalmente al que controlaba la SRA, y fue luego abandonado. En poco tiempo, pues, se hizo evidente que la LA, como institución de fomento y extensión técnica, no podía competir con la SRA, una asociación cuyas dimensiones decuplicaban las suyas, y que tenía una experiencia y un

prestigio conquistado en este campo que se remontaban a varias décadas.

La LA había llegado demasiado tarde como para disputar con la SRA el control de las exposiciones o los registros genealógicos, actividades eje de las estrategias de extensión técnica de la ganadería pampeana, y a la vez, una de las claves para explicar el éxito de la SRA como institución ruralista.⁶¹ Por ello, tras este fracaso, la LA se vio obligada a recostarse sobre su anterior programa. Pero los años previos habían probado con holgura los límites de un ruralismo centrado en la política, y por tanto incapaz de despertar entusiasmo masivo entre unos terratenientes que veían crecer sin pausa su fortuna al amparo de un estado que no controlaban pero que era su principal socio en la expansión de la producción agraria. Así, expulsada del campo de acción de la SRA, y carente de una propuesta alternativa satisfactoria, la LA revelará en los años que siguen una creciente soledad y una actitud cada vez más plagada de actitudes crispadas.

LA LIGA AGRARIA FRENTE AL RADICALISMO

El retorno pleno a su anterior programa no implicó una revisión de la imagen que la LA se había hecho de los problemas rurales más de quince años atrás. Incluso después de 1910, pasada una década de fuertes conflictos sociales urbanos, su crítica siguió centrada en la clase política nacida en el año 80.⁶² Pero luego de sus fracasos, las dificultades de la LA para ganarse un lugar en la vida pública de Buenos Aires tensaron al extremo sus relaciones con el PAN. Esto sucedía, precisamente, en un momento de crecimiento de la UCR, que prometía, por primera vez, ofrecer una auténtica alternativa de poder frente al PAN, que había dominado la política argentina por treinta años. A partir de entonces, los liguistas vieron en el rechazo del régimen oligárquico voceado por la UCR un punto de acuerdo con esta fuerza que se aprestaba para participar en las elecciones presidenciales de 1916, las primeras a realizarse con sufragio secreto y obligatorio. Ello, por supuesto, implicaba poner un manto de olvido sobre las fuertes acusaciones que la LA había hecho contra el radicalismo a comienzos de la década previa, cuando se había lanzado a la construcción de su propio partido.

El apoyo de los liguistas a la UCR es indicativo de la complejidad de este momento de cambio político, y debe precaver contra caracterizaciones fáciles de su dinámica, así como sobre la fuerza que finalmente iba a dominarlo. En esos años, el radicalismo aparecía como un fenómeno político todavía altamente indeterminado; la prensa de la comunidad británica de negocios, por ejemplo, recibió la victoria radical de 1916

con optimismo, pues creía ver en la UCR reservas suficientes como para llevar adelante un programa de economías basado en la integridad de los funcionarios públicos.⁶³ La LA, por supuesto, no veía en el radicalismo la promesa de un orden social nuevo, en el que las clases subalternas ganasen mayor peso; tampoco había mostrado, en el pasado, simpatía alguna por los alzamientos armados de la UCR.⁶⁴

La denuncia del PAN y de las fraudulentas prácticas electorales que lo sostenían, así como el reclamo de un sistema electoral más transparente, era lo que atraía a la LA del radicalismo. En la modificación de ese estado de cosas veía, como ya lo había hecho en el pasado, la condición necesaria para allanar el camino hacia la conquista de una mayor presencia en la vida pública argentina para los ruralistas. La crítica al PAN y la apuesta a que la vigencia más plena de elecciones libres reduciría el poder de los políticos del régimen fueron, así, las razones centrales que llevaron a la LA a prestar su apoyo a la UCR. Mientras la Sociedad Rural iba a mirar con distancia la apertura política comandada por los elencos conservadores, la Liga Agraria iba a encontrar en ella la ocasión para vengar lo que consideraba viejos y dolorosos agravios.

Sin embargo, la confianza que depositó en la UCR estaba lejos de ser completa. A principios de 1916, la LA elevó un programa a las autoridades radicales, y supeditó su apoyo a la aprobación del mismo. En él les solicitaba cumplir *“no tan sólo su ideal de regeneración política y administrativa, bajo la base de la más escrupulosa honradez, sino también la reducción en los gastos públicos y el mejoramiento del sistema tributario, tan subvertido en la Provincia por la aplicación inmoderada de impuestos”*.⁶⁵ La respuesta radical no se hizo esperar, pero fue calculadamente elusiva. Hipólito Yrigoyen respondió que *“si el partido radical no fuera a hacer reformas saludables no tendría razón de existir”*.⁶⁶

Tras la victoria de Yrigoyen, los liguistas fueron recompensados con algunos cargos secundarios, indicativos de la muy relativa importancia de la asociación para el nuevo gobierno.⁶⁷ Sin embargo, la mayor preocupación de la LA era Buenos Aires, todavía entonces controlado por el PAN provincial, el Partido Conservador de Ugarte. En 1917 el gobierno nacional, con dificultades para desplazarlo en elecciones abiertas, intervino Buenos Aires. En marzo de 1918, los comicios preparados por la intervención dieron por ganador al radical José Crotto. La LA, por fin, podía festejar la caída de lo que gustaba denominar *“el antiguo régimen”*.

Derrumbado su más odiado enemigo, las relaciones entre la LA y el radicalismo comenzaron a enfriarse. Las modificaciones en la relación del gobierno con las clases subalternas, que esta administración surgida de

elecciones honestas se avenía a tratar con menos rudeza que las anteriores, fue lo primero que la LA señaló con desagrado.⁶⁸ Pero como era previsible, el conflicto mayor tendría por origen la política económica, en especial la de Buenos Aires. En 1920, el aumento de los gastos de la administración tensó las relaciones, y finalmente, provocó un conflicto irremediable. Hacia mitad del año, la LA se alarmó por la posibilidad de un aumento de los impuestos territoriales, destinado a balancear un incremento significativo del presupuesto.⁶⁹ En agosto, la ruptura ya se había consumado; la LA denunciaba *“las exageraciones impositivas tanto en el orden nacional como provincial de los regeneradores gobiernos radicales”*.⁷⁰ Al mismo tiempo no se privaba de condenar los efectos del proceso de democratización, que contra sus prospectivas, había permitido el acceso a la vida pública *“de personas sin posición, consecuencia de la errónea aplicación del sufragio universal en las elecciones municipales que siempre fueron ventajosamente, como la lógica lo impone, de voto calificado.”*⁷¹

Desde entonces, la denuncia del presidente Yrigoyen y del gobernador Crotto se hizo sistemática; poco después, la LA llegaba a la triste conclusión de que la situación de las clases propietarias no se había modificado con la caída del régimen, y que seguían siendo *“la presa de los politiqueros, como ahora medio siglo.”*⁷² Definitivamente, el nuevo gobierno comenzaba a ser considerado como un perfecto continuador del régimen conservador. De este modo, la LA descubría que, antes que negarlos, el radicalismo implicaba en aspectos muy sustantivos una acentuación de los rasgos que habían signado la política desde 1880; el reforzamiento del estado y la autonomía de la vida política *vis a vis* la clase terrateniente, antes que disminuir, se habían profundizado con la reforma del sistema político.

La denuncia de la UCR como heredera del orden conservador se volvió más acusada en 1921, pues entonces se acentuó una fuerte baja de los precios del ganado, que se reacomodaban a las condiciones de posguerra.⁷³ La Guerra Mundial había elevado las cotizaciones del ganado, y esto había contribuido a limar durante algún tiempo las asperezas entre productores, frigoríficos y estado. Cuando la guerra cesó, la situación comenzó a cambiar, y auguró un tiempo de nuevas luchas. La LA redobló sus denuncias contra los frigoríficos, a los que hacía responsables de la caída de las cotizaciones de la carne.⁷⁴ También elevó el tono de sus acusaciones contra el gobierno de Yrigoyen. A comienzos de 1922, cuando la administración radical puso en vigencia una ley que mejoraba la situación de los arrendatarios, la LA reaccionó con violencia, evidenciado su carácter plutocrático.⁷⁵ Entonces se quejó de que *“jamás, ni en la época de la tiranía, se lesionó en formas tan inauditas los derechos y las garantías proclama-*

das por la constitución [...] Para el gobierno actual sólo los locatarios o arrendatarios que dan más votos, que son los más, les merecen su atención y consideración [...] Los horizontes que se dibujan son cada vez más oscuros, la agresión desconsiderada al capital con la que se ha caracterizado este gobierno, se viene haciendo cada día más fuerte y gravosa."⁷⁶

La baja de precios más pronunciada de que se tenía noticia desde la creación de la ganadería moderna en Argentina se daba bajo el imperio de un gobierno en el que los ruralistas descubrían lisa y llanamente un enemigo, todavía peor que al rosismo. Esta situación parecía propicia para intentar una vez más el siempre frustrado pero jamás abandonado proyecto de liderar la lucha terrateniente. En efecto, en estos años, la intranquilidad crecería entre los grandes hacendados como nunca antes en el pasado, y algunos de ellos creerían llegado el momento de tomar una actitud más comprometida en la política nacional.

Pero cuando este clima de inquietud comenzaba a ganar a los terratenientes, la LA ya no estaría en condiciones de ofrecerse como una alternativa para guiar la protesta rural: sus hombres habían cumplido un ciclo vital, y no había nuevas fuerzas con que reemplazarlos. En todos sus años de lucha, la LA había mostrado escasa capacidad para incorporar nuevos militantes. Desde mediados de la década de 1910, la LA venía haciendo un escrupuloso censo de sus muertos. En 1917, cuando murió Baudrix, sostenía que *"ya la mayoría de viejos amigos que figuraron en la Comisión Directiva y que tanto hicieron por nuestra asociación nos van abandonando, obligados por el destino fatal."*⁷⁷ Entonces, ya pocos quedaban en torno a Guerrero, que falleció a comienzos de 1923.

Al despedirlo, el diario *La Prensa* saludaba a *"uno de los ganaderos que poseía mayor número de cabezas de ganado de todas las razas en el país"*.⁷⁸ No era sólo el dueño de una gran fortuna el que entonces se iba; su muerte coincidiría con la desaparición de la *Revista* y la disgregación de los pocos que todavía se nucleaban en torno a su enérgica figura. Empresa de unos pocos terratenientes deseosos de construir un país a su medida, la LA no sobreviviría a la desaparición del grupo que dio lo mejor de sí para que ese proyecto se hiciese realidad. Mientras la LA se hundía en la oscuridad, el papel estelar en la más importante de las luchas que convocaron al ruralismo argentino le iba a estar reservado a la SRA.

CONCLUSIONES

La poco afortunada trayectoria de la LA permite hacer algunas apreciaciones sobre las relaciones entre terratenientes, asociaciones

rurales y política en la Argentina de fines de siglo. A lo largo de todo este período, la SRA fue la asociación rural más importante. El éxito de la SRA no fue independiente de las características de su proyecto institucional. Este estuvo marcado por la atención prestada a la realización de una amplia gama de actividades de extensión técnica -entre las que se destacan las exposiciones y los libros de registros genealógicos- que proveyeron a la SRA de recursos económicos y prestigio institucional. En el marco de una transformación rural que habría de desarrollar en pocas décadas una de las economías agrarias de exportación más exitosas del mundo, este perfil se reveló muy atractivo para estancieros que debieron enfrentar múltiples desafíos para adecuar sus explotaciones a las nuevas demandas del mercado externo. Al resignar la promoción de actividades de este tipo para concentrarse en la militancia política, la LA perdió capacidad para hacer crecer su institución sobre estas sólidas bases.

Al surgir en 1892, el interés de la LA en la política de Buenos Aires es comprensible; entonces la crisis económica y las luchas políticas alarmaron a los terratenientes, y los incitaron a intervenir activamente. La situación, sin embargo, no se prolongó demasiado. Al encauzarse la vida política y superarse la crisis económica, se advirtió que la LA era un grupo aislado, y que la clase terrateniente no estaba interesada en el proyecto declaradamente político que esta agrupación sostenía. Cuando la LA quiso revisar ese proyecto, hacia 1905, e imitar a la SRA, ya no estaba en condiciones para competir con esta asociación. La LA siguió siendo a lo largo de toda su existencia una agrupación de terratenientes interesados en la acción política directa, y por ello mismo, poco vinculada con el resto de su clase.

¿A qué se debía el rechazo de los terratenientes a un proyecto como el de la LA? Se debía, en parte, a que tenía pocas posibilidades de éxito. Poco antes de que la LA surgiese, el estado nacional se consolidó, y con él, la esfera política ganó una creciente autonomía de los dominadores del agro pampeano, el sector más dinámico de la economía argentina. Una nueva clase política, venida en gran parte del interior del país, también había crecido a su sombra. La escisión entre las modalidades de construcción de poder político y las formas de adquisición y reproducción de recursos económicos, ahondada con la reforma electoral de 1916, hizo difícil que los grandes terratenientes ocupasen un lugar de preeminencia en el aparato estatal.

Este rechazo se debía, también, a que el proyecto de la LA no era capaz de concitar muchas voluntades terratenientes por otra razón. Como señaló Halperin Donghi, el marco de relaciones existente entre terrate-

nientes y estado en ese período no era un obstáculo para el proceso de acumulación de capital en el agro, sino que, por el contrario, funcionaba como un estímulo al mismo.⁷⁹ La distancia entre estado y clase no impidió que las políticas estatales impulsaran la expansión agraria, beneficiando en especial a sus principales agentes, los terratenientes. La renuencia de los hacendados a encarar una movilización como la que sugería la LA, prefiriendo en cambio presiones corporativas puntuales -como las que llevó adelante en más de una ocasión la SRA-, o la acción dentro de los partidos políticos, fue perfectamente compatible con un enriquecimiento formidable que colocó a los estancieros argentinos entre las clases terratenientes más opulentas del mundo. Esto, en definitiva, selló la suerte de la LA. Aunque es probable que muchos hacendados compartiesen algo del malestar de los liguistas hacia el estado y la política, nunca se mostraron dispuestos a secundarlos. El control directo del estado fue una aspiración frustrada de unos pocos terratenientes que no alcanzaron a advertir del todo que los procesos de modernización estaban lejos de significar, por sí mismos, una amenaza al lugar privilegiado que ocupaban los grandes estancieros en la captación del excedente agrario en la Argentina de fin de siglo.

NOTAS E REFERÊNCIAS

1. Sobre la SRA, véase: HALPERIN DONGHI, Tulio. *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires: Sudamericana, 1986, cap. VI. También FRERS, Emilio. *El progreso agrícola de la Nación y la Sociedad Rural Argentina*, Buenos Aires: Gadola, 1916; NEWTON, Jorge. *Historia de la Sociedad Rural Argentina*, Buenos Aires: 1966; CUNEO, Dardo. *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, Buenos Aires: Pleamar, 1967; MANZETTI, Luigi. The Evolution of Agricultural Interest Groups in Argentina, en *Journal of Latin American Studies*, 24:3, 1992; VALENCIA, Marta. La vanguardia de la Sociedad Rural y su actuación parlamentaria, en BONAUDO, Marta y PUCCIARELLI, Alfredo (comps). *La problemática agraria*, Buenos Aires: CEAL, 1993, tomo I.
2. Sobre el proceso político en esos años, consúltese BOTANA, Natalio. *El orden conservador*, Buenos Aires: Sudamericana, 1977; HALPERIN DONGHI, Tulio. *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires: CEAL, 1982; OSZLAK, Oscar. *La formación del estado argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.
3. Una introducción a los debates en torno a la expansión agropecuaria, en: MIGUEZ, Eduardo. Expansión agraria de la Pampa Húmeda (1850-1914). Tendencias recientes de sus análisis históricos, *Anuario IHES*, I, UNCPBA,

- 1987; SABATO, Hilda. Estructura productiva e ineficiencia del agro pampeano, 1850-1950: un siglo de historia en debate, en: BONAUDO, Marta y PUCCIARELLI, op. cit, tomo II. Véase también: GIBERTI, Horacio. *Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires: Hyspamérica, 1985; PUCCIARELLI, Alfredo. *El capitalismo agrario pampeano, 1880-1930*, Buenos Aires: Hyspamérica, 1986, y SABATO, Jorge F. *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*, Buenos Aires: CISEA/Imago Mundi, 1991.
4. HORA, Roy. Un aspecto de la racionalidad corporativa de la Sociedad Rural Argentina: el problema de la agricultura (1866-1930), en *Boletín del Instituto Ravignani*, Buenos Aires, nro. 10, 1995.
 5. La LA prácticamente no ha sido estudiada todavía. La única excepción es COLOMBO, Guillermo, SARTELLI, Eduardo. ¿La otra Rural? La Liga Agraria de Buenos Aires y la fractura del sector ganadero, trabajo presentado en las 4tas. Jornadas Interdepartamentos Escuelas de Historia, Mar del Plata, octubre 1993. Guillermo Colombo me señaló la importancia de la asociación.
 6. *La Prensa*, 29/8/1893, p. 5; *La Nación*, 1/9/1893, p. 1; *Review of the River Plate*, 2/9/1893, p. 8.
 7. *La Prensa*, 23/8/1892, p. 5.
 8. Entre ellos se cuentan poderosos hacendados como Felipe y Pastor Senillosa, Celedonio Pereda, Natalio Cernadas, Juan José Ezeyza, Benjamín Giménez Paz, Rafael Herrera Vegas, Federico Martínez de Hoz, Ricardo Newton, Miles Pasman, Mariano y Santos Unzué o Bartolomé Vivot, además, ciertamente, de Guerrero y Baudrix.
 9. Así, por ejemplo, *El Nacional* veía en sus fundadores a un grupo de "conocidos y pudientes ganaderos y agricultores de la Provincia de Buenos Aires". *The Standard* era de la misma opinión. En 1906, *El País* sostenía que "la Liga Agraria se halla formada por nuestros principales hacendados, quienes, por su práctica y reconocida expectabilidad, constituyen una fuerza de opinión de excepcional valía." Para *La Prensa*, la LA se componía de "hombres de posición y de fortuna." En 1920, *El Diario* afirmaba que en ella figuraban "los grandes magnates territoriales de la provincia y los estancieros más acaudalados en campos y en haciendas." Véase *El Nacional*, 17/8/1892, p. 1; *The Standard*, 21/8/1892, p. 1; *El País*, 24/5/1906, p. 4; *La Prensa*, 15/11/1911, p. 4; *El Diario*, citado en *Revista de la Liga Agraria (RLA)*, año XXIII, 1920, p. 580.
 10. *La Prensa*, 23/8/92, p. 5. En el mismo sentido, LYNCH ARRIBALZAGA, Enrique. La Sociedad Rural Argentina y la Liga Agraria, en *El campo y el sport (ECS)*, 24/12/1892, p. 315. *Boletín de la Liga Agraria (BLA)*, año I, nro. 1, pp. 1-2.
 11. *The Standard*, 21/8/1892, p. 1. Consúltese también WEIGEL MUÑOZ, E. Liga Agraria. Sostener la nota, en *ECS*, 13/9/1892, p. 20. *La Prensa*, 23/8/1892, p. 5.

12. *La Tribuna*, 7/1/1893, p. 1. *El correo español*, 7/9/1893, p. 2.
13. *La Nación*, 17/11/1893, p. 3; *La Prensa*, 22/12/1893, p. 3.
14. *BLA*, año I, nro. I, 30/11/1895, p. 3.
15. Sobre el proyecto de la SRA, y sus dificultades para llevarlo adelante en esos años: HALPERIN DONGHI, Tulio. *José Hernández y sus mundos*, op. cit., cap. IV.
16. *BLA*, año I, nro. 11, 30/11/1897, pp. 208-209.
17. *BLA*, año I, nro. 9, 30/9/1897, p. 176.
18. *idem*, p. 176.
19. *La Prensa*, 11/11/1893, p. 4.
20. Entonces la LA sostenía que "si el pueblo quiere que vuelvan a su Legislatura los patricios de otros tiempos se impone la supresión de la dieta." *BLA*, año I, nro. 3, 30/10/1896, p. 37.
21. *BLA*, año I, nro. 11, 30/11/1897, p. 208.
22. OSZLAK, Oscar, op. cit., cap. IV.
23. Véase. Desarrollo y estructura del régimen impositivo en el país, en *Revista Económica*, Buenos Aires: vol. 5, nro. 10, noviembre 1932. También BLANCO, Eugenio. Las finanzas de Buenos Aires, en *Facultad de Ciencias Económicas. Investigaciones de seminario*, Buenos Aires: tomo IV, 1925, pp. 415-445.
24. Isidoro Ruiz Moreno. Federalismo y unitarismo ante los gastos públicos, en *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, Buenos Aires: tomo II, 1911, pp. 153-166.
25. *BLA*, año I, nro. 11, 30/11/1897, p. 208; *BLA*, año I, nro. 1, 30/11/95, p. 3.
26. *BLA*, año I, nro. 1, 30/11/1895, p. 3.
27. SALDIAS, Adolfo. *Buenos Aires en el Centenario*, Buenos Aires: Hyspamérica, 1988, tomo III, pp. 211-234. Sobre el apoyo de la LA a Irigoyen, véase *RLA*, año II, nro. 15, 31/3/1898, pp. 326-329.
28. *BLA*, año II, nro. 15, 31/3/1898, pp. 333-336. También consúltese: SENILLOSA, Felipe G. Partidos Económicos. Su formación, en *BLA*, año II, nro. 15, 31/3/1898, p. 329.
29. Véase, al respecto, el mensaje de Roca al inaugurar las sesiones del Congreso Nacional en 1899.
30. Entonces prefirieron reconocer que ya que la SRA "por sus estatutos no puede llevar a cabo tan patriótico pensamiento, sería llegado el caso de aunar todos los esfuerzos congregando, bajo los auspicios de la Liga Agraria sus elementos, asociación que encarna iguales intereses y propósitos pero con mayor extensión de acción [ya] que fue instituida como complemento de aquella. Así quedaría la Sociedad Rural como asociación de fomento material de los intereses agrarios, y bajo la base de la Liga se fundaría el gran partido agrario." *RLA*, año IV, nro. 6, febrero 1900, p. 303.
31. En marzo de 1900, su *Boletín* sostenía que "todos vamos reconociendo la exigencia de concluir con los partidos militantes, verdaderos *rings políticos* o asociaciones de socorros mutuos que viven de la concusión fomentando

- la inmoralidad y que se mantienen por la apatía de las personas honradas". *RLA*, año IV, nro. 7, marzo 1900, p. 341 (subrayado en el original).
32. *RLA*, año VI, nro. 1, septiembre 1901, p. 1. *La Nación*, 3/4/1901, p. 5, y 4/9/1901, p. 5.
 33. Sobre estos antecedentes, véase: Reformas a la ley electoral. Verdad del sufragio, en *BLA*, año III, nro. 6, 1899, pp. 143-144.
 34. *RLA*, año VI, nro. 1, septiembre 1901, pp. 4-6.
 35. Policía rural, en *ECS*, 2/7/1898, p. 494; El cuatreroismo, en *ECS*, 8/7/98, p. 521; e Intereses de los Hacendados. Los ladrones de hacienda, en *ECS*, 30/7/1898, p. 581.
 36. Véase las descripciones de las conferencias en *La Nación*, 10/11/1901, p. 5; *La Prensa*, 10/11/1901, p. 5 y 23/11/1901, p. 5.
 37. *RLA*, año VI, nro. 8, enero 1902, p. 144.
 38. *La Prensa*, 7/2/1902, p. 5.
 39. *La Nación*, 2/3/1902, p. 5.
 40. *La Nación*, 4/3/1902, p. 6; *El Diario*, 4/3/1902, pp. 1 y 3.
 41. Véase *La Nación*, 10/3/1902, p. 5 y 11/3/1902, p. 5.
 42. La versión apareció en la *Revista* bajo la forma de "una interesante carta dirigida por un distinguido hombre público que reside hace muchos años en el extranjero". *RLA*, año VII, nro. 3, noviembre 1902, pp. 70-72.
 43. *RLA*, año VIII, nro. 10, octubre 1904, p. 247.
 44. ARCE PARODI, G. Los gobiernos, los impuestos y el pueblo, en *RLA*, año VIII, nro. 4, abril 1904, p. 87.
 45. Para un tratamiento más comprensivo de esta relación: HALPERIN DONGHI, Tulio. Clase terrateniente y poder político en Buenos Aires (1820-1930), *Cuadernos de Historia Regional*, Universidad Nacional de Luján, vol. V, nro. 15, 1992, pp. 11-45.
 46. *RLA*, año VIII, nro. 10, octubre 1904, p. 246.
 47. Memoria de 1905, en *RLA*, año IX, nro. 10, octubre 1905, p. 216.
 48. Memoria de 1906, en *RLA*, año X, nros. 9-12, septiembre-diciembre 1906, pp. 164.
 49. *RLA*, año XI, nros. 3-4, marzo-abril 1907, p. 5.
 50. *RLA*, año XI, nro. 10, octubre 1907, p. 258.
 51. *RLA*, año XI, nro. 9, septiembre 1907, pp. 178-180.
 52. *RLA*, año XI, nro. 10, octubre 1907, p. 254.
 53. Entre ellos se cuentan Nicolás Mihanovich, Antonio Devoto y Miguel Cané. *RLA*, año XI, nros. 3-4, marzo-abril 1907, p. 21; nro. 9, septiembre 1907, p. 173.
 54. FRERS, Emilio. op. cit, p. 178.
 55. *RLA*, año XI, nros. 3-4, marzo-abril 1907, p. 5. BALZOLA, Eduardo. Los concursos de novillos, en *Angus*, Buenos Aires: nro. 168, julio de 1987, p. 72; RICHELET, Juan. ¿Por qué predomina la raza Durham?, en *El Oeste*, Buenos Aires, año III, julio 1923, nro. XXX, p. 1202.
 56. Para 1910 -momento para el que tenemos datos sobre los balances de la LA,

ya que éstos no aparecen publicados en años previos-, la LA tenía un presupuesto anual que rondaba los 10.000 pesos, y la SRA uno de 232.000 pesos. En 1912, la Liga Agraria tenía unos 7000 pesos de ingresos en concepto de cuotas sociales; entonces, la SRA multiplicaba esa cifra por más de veinte (144.000 pesos).

57. *RLA*, año XIII, nro. 1, enero 1910.
58. *Anales de la Sociedad Rural Argentina (ASRA)*, año XLVI, tomo XLV, septiembre-octubre 1911, p. 217.
59. FRERS, Emilio. op. cit, p. 192.
60. *RLA*, año XIV, nro. 7, junio 1910, p. 861.
61. Una discusión más detallada, en HORA, Roy, op. cit.
62. Véase, por ejemplo, *RLA*, año XV, noviembre-diciembre 1911, p. 227; *RLA*, año XVI, nro. 2, febrero 1912, p. 25.
63. *Review of the River Plate*, 27/10/1916, p. 939.
64. La LA los había censurado con dureza no menor a la que había empleado la SRA. Compárese *ASRA*, año XXXVIII, nro. 1-2, enero-febrero 1905, pp. 10-11, con *BLA*, año IX, nro. 2, febrero 1905, p. 27.
65. Véase el intercambio de cartas en: Los contribuyentes de la provincia, *RLA*, año XX, nros. 1-3, enero-marzo 1916, pp. 3-6.
66. Idem, p. 4.
67. Guerrero fue nombrado asesor en la Comisión Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires y Felipe Senillosa quedó al frente de la Dirección General de Agricultura y Defensa Agrícola.
68. *RLA*, año XX, nros. 7-12, setiembre-diciembre 1917, pp. 155-156.
69. *RLA*, año XXIII, nros. 6-7, junio-julio 1920, pp. 465-469.
70. Impuestos Extorsivos. Sus consecuencias, en *RLA*, año XXIII, nro. 8, agosto 1920, pp. 497-499 (subrayado en el original).
71. Idem, p. 498.
72. *RLA*, año XXIII, nro. 10, 30/10/1920, p. 581. También: Veinte millones extraídos a tambor batiente, en *RLA*, año XXIII, nro. 9, septiembre 1920, pp. 537-541.
73. *Anuario de la Sociedad Rural Argentina. Estadísticas económicas y agrarias*, Buenos Aires: Gotelli, 1928, pp. 46 y 52. *RLA*, año XXIV, tomo XXIII, nro. 1, enero de 1921, pp. 1-2.
74. *RLA*, año XXV, abril-mayo de 1922, pp. 33-36.
75. Sobre la Ley 11.700, SOLBERG, Carl. Descontento rural y política agraria en la Argentina, 1912-1930, en GIMENEZ ZAPIOLA, Marcos (compilador). *El régimen oligárquico*, Buenos Aires: Amorrortu, 1975, pp. 272-273.
76. Derrumbe de nuestra legislación social, en *RLA*, año XXV, tomo XXV, enero-marzo de 1922, pp. 1-3 (subrayado en el original).
77. Memoria de 1917, en *RLA*, año XX, nros. 7-12, setiembre-diciembre 1917, p. 147.
78. *La Prensa*, 23/1/1923, p. 10.
79. HALPERIN DONGHI, Tulio. Clase terrateniente..., op. cit.